



Portada: Jaime Landívar

# ÍCONOS

## REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 4. - Diciembre - Marzo, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

### DIRECTOR FLACSO-ECUADOR

ARQ. FERNANDO CARRION

### EDITOR ICONOS

FELIPE BURBANO DE LARA

### CO-EDITOR ICONOS

SEBASTIAN MANTILLA BACA

### COLABORADORES EN ESTE NUMERO

MICHEL RAWLAND  
ADRIAN BONILLA  
GERMANICO SALGADO  
JULIO ECHEVERRIA  
ALEX PIENKNAGURA  
ABDON UBIDIA  
QUINCHE ORTIZ  
EDUARDO KINGMAN  
JAIME LANDIVAR  
SILVIA MEJIA  
CARMEN MARTINEZ  
ANDRES GUERRERO  
JAVIER BONILLA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR

DISEÑO: Luis Ochoa LL.

IMPRESION: Eclimpres S.A.

### FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez  
118 y Patria

Teléfonos: 232-029  
232-030 232-031 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

# INDICE

## COYUNTURA

Perspectivas del sistema electoral ecuatoriano **4**  
MICHEL ROWLAND

Heterogeneidad, legitimidad e incertidumbre **9**  
ADRIAN BONILLA

## ACTUALIDAD

Globalización e integración en América Latina **18**  
GERMANICO SALGADO

## POSMODERNIDAD

La 'irrepresentabilidad' de la política **32**  
JULIO ECHEVERRIA

El nebuloso sistema posmodernista **44**  
ALEX PIENKNAGURA



Modernidad y posmodernidad **54**  
ABDON UBIDIA

## CULTURA Y GLOBALIZACION

De los medios a las mediaciones o las preguntas por el sentido **62**  
QUINCHE ORTIZ

¿Qué es lo que hace pequeñas a nuestras ciudades? **68**  
EDUARDO KINGMAN

## DIALOGOS



Los círculos viciosos del presidencialismo **81**  
ARTURO VALENZUELA

## FRONTERAS

Cuba: ¿No más cambios por ahora? **89**  
SILVIA MEJIA

Racismo, amor y desarrollo comunitario **98**  
CARMEN MARTINEZ

## ENSAYO

Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria **112**  
ANDRES GUERRERO

## RESENAS

Reseñas bibliográficas: **124**  
- El Estado como solución  
- Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau  
- Los espectros de Marx  
- Ecuador: Señas particulares

# CUBA: ¿NO MAS CAMBIOS POR AHORA?

La visita del Papa a la isla generó varias expectativas sobre su futuro. Este artículo da un vistazo de la historia reciente de Cuba

Por Silvia Mejía E.  
 Editora Internacional - Diario Hoy

**L**os cálculos oficiales hablan de 500 mil, pero hay quienes aseguran que el domingo 25 de enero, en esa misma Plaza de la Revolución donde Fidel Castro ha pronunciado algunos de los más trascendentales discursos para Cuba, alrededor de un millón de cubanos se congregaron para participar en la última de las cuatro misas que el Papa Juan Pablo II celebró durante su visita de cinco días a la mayor de las Antillas.

Lo "imposible" estaba ocurriendo, y cerca de 3.000 periodistas extranjeros se habían acreditado en la isla, a fin de no perderse.

"Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba" había dicho el pontífice cuatro días atrás, cuando apenas acababa de poner un pie en ese país, y ahora Fidel, el líder de una revolución que -hace casi 40 años- convirtió a Cuba en una nación socialista y atea, cedía su sitio en la plaza-símbolo a un Papa al que los historiadores contemporáneos reconocen como uno de los artífices de la caída del socialismo en Europa.

Una semana después, los afiches con la efigie de Juan Pablo II que el Gobierno se había encargado de distribuir sobrevivían, pese al sol y a las aguas, en los portales de La Habana. Mientras en la calle los habaneros comentaban que aquel domingo habían visto a varios grupos de jóvenes y hasta a gente del partido gritando "libertad, libertad, libertad...", analistas locales y foráneos se preguntaban si "algo más" iba a ocurrir en la isla.

El compromiso para la visita del pontífice



Archivo Diario Hoy

a Cuba se fijó en noviembre de 1996, cuando un Fidel Castro de traje oscuro y corbata -alrededor de cuatro años han pasado desde que el presidente cubano decidió no usar más el uniforme militar verde olivo en este tipo de ocasiones- se entrevistó, en el Vaticano, con Juan Pablo II.

Tal como la vestimenta de Fidel, las concepciones religiosas y los lineamientos económicos de Cuba han dado un giro de 180 grados en los años previos a la llegada de Juan Pablo II. No ocurrió lo mismo con el sistema político de la isla. ¿Podría una visita



Archivo Diana Hoy

papal desencadenar más cambios que años de profunda crisis?

## EL RETORNO A LA FE

Tras la invasión de Playa Girón, en abril de 1961, Cuba se declaró socialista... y atea. Las religiones afrocubanas (practicadas por alrededor del 70 por ciento de los isleños), como la protestante, encontraron canales de convivencia con el régimen, pero no ocurrió lo mismo con la jerarquía católica, que había establecido fuertes lazos con el depuesto régimen de Fulgencio Batista.

Durante los primeros años de la revolución, la Iglesia católica se vio despojada de propiedades que pasaron a manos del Estado, los colegios religiosos se cerraron y, de repente, los templos católicos se convirtieron en centros de reunión de "contrarrevolucionarios".

En respuesta, el Gobierno de Fidel Castro expulsó a más de 100 sacerdotes, la mayoría de ellos extranjeros. Y mientras el discurso de la Iglesia, opuesto a la revolución, iba ahuyentando a aquellos creyentes que se habían visto beneficiados por los cambios, el régimen la recluyó a las sacristías y le impidió predicar fuera de ellas.

La actitud del Gobierno pudo ser más amable con otras religiones que con la católica, pero, en medio de un sistema educativo y de instituciones que predicaban el ateísmo, el creer en cualquier fe se convirtió en un estigma.

En la escuela, los niños debían olvidar las oraciones que les enseñaban sus abuelas, a

riesgo de ser objeto de burlas y segregación; en el trabajo, confesarse creyente podía provocar de malas miradas en adelante.

Si alguien profesaba abiertamente cualquier fe, o si su familia lo hacía, podía olvidarse de ser admitido en la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) o en el Partido Comunista de Cuba (PCC). Esa "mancha" en su currículum le perjudicaría, además, a la hora de aplicar a la universidad.

La fe, sin embargo, nunca se fue.

Era un secreto que muchos guardaban en la intimidad. En silencio, las familias ofrecían miel de caña, gallina, pescado o cordero a sus deidades yorubas, mientras altas autoridades revolucionarias, figuras ejemplares del partido, escondían en algún armario la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre (Ochún para los afrocubanos), patrona de Cuba.

Pero los secretos empezaron a salir a la luz desde finales de la década pasada.

En octubre de 1991, durante el IV Congreso del Partido Comunista, el régimen reconoció que la religión había sido motivo de "discriminación" durante décadas, y se propuso corregir el error: se decidió, entonces, que ni la universidad, ni las juventudes comunistas, ni el partido examinarían la historia religiosa de alguien a la hora de admitirle en sus filas.

Apenas unos meses después, ya en 1992, la Constitución cubana cambió y el Estado pasó de autoproclamarse ateo a ser, simplemente, laico.

Por aquellos días, las imágenes católicas, yorubas o sincréticas (en Cuba, como en

otros países con fuerte presencia africana, las deidades afrocubanas se han asimilado a santos y vírgenes venerados por el catolicismo) empezaron a salir de los armarios para ser ubicadas, abiertamente, en las salas o cualquier otro sitio "público" de los hogares.

El fenómeno podría ser leído como una consecuencia directa del cambio en la posición oficial frente a la religión que, desde luego, aligeró muchos temores de los isleños. Sin embargo, quienes vivieron la Cuba de entonces aseguran que este cambio de actitud no se debió a las decisiones gubernamentales, sino, más bien, al tremendo vacío y la búsqueda en que se han zambullido los cubanos desde que, a finales de los años 80, el campo socialista se desintegró y la crisis se apoderó de la isla.

"La situación de crisis económica, las carencias y la incertidumbre por el futuro incrementaron el número de seguidores y creyentes de las distintas religiones que se practican en Cuba", aseguran los periodistas Homero Campa (mexicano) y Orlando Pérez (ecuatoriano) en su libro "Cuba: los años duros" (1997). Como corresponsales de prensa, los dos autores se enfrentaron a los difíciles tiempos del "período especial" -que va de julio de 1990 a diciembre de 1994-, durante los cuales la isla asumió el reto de sacrificarse y cambiar, sin dejar de ser socialista.

Es más: hay quienes afirman que el viraje del Gobierno no fue más que una reacción frente a un irreversible volcamiento de los cubanos hacia la religión, que "se salía de los esquemas trazados".

"El régimen de Castro es como la Real Academia de la Lengua: para cuando admite cambios, estos ya se han dado en la realidad, de hecho, y tiempo atrás", señala el escritor y periodista disidente Raúl Rivero.

Mientras la sociedad cubana ganaba espacios para su espiritualidad, la Iglesia católica se las arregló para no quedar fuera del proceso.

Ya a finales de los años 70, la jerarquía eclesial tendió lazos de acercamiento al régi-

men, al condenar, por ejemplo, el bloqueo económico que Estados Unidos mantiene en contra de la isla desde abril de 1961.

A mediados de los 80s ya se sentía un clima de distensión. En 1985, en entrevista con el sacerdote dominico Frei Betto (1985), Fidel Castro afirmó que, como el cristianismo y el comunismo persiguen prácticamente los mismos objetivos, era posible que establecieran una "alianza estratégica". La Iglesia, por su parte, convocó al Encuentro Nacional Eclesial Cubano en 1986, en el que acordó no solo involucrarse más con la realidad social de la isla y adoptar una actitud de diálogo con todos sus sectores (Gobierno incluido),

sino también emprender una estrategia de evangelización dirigida, no ya a conservar viejos creyentes, sino a ganar nuevos.

La relación entre el régimen y el clero ha sido, desde entonces, equilibrada pero frágil.

Bajo la dirección del cardenal Jaime Ortega, una Iglesia que ha evitado ser identificada con el Gobierno o con los sectores de oposición interna y externa a Fidel Castro, se ha ido convirtiendo -ante los ojos de nacionales y extranjeros- en un interlocutor con el régimen, quizá

el único con la capacidad de hacerse escuchar.

El Papa llegó, pues, a una Cuba marcada por el renacer de la espiritualidad, a un país en el que muchos de quienes hasta hace poco se llamaban ateos buscan hoy respuestas en la religión, o relacionándose con los rosacruces, con logias masónicas, con espiritistas.

"La visita del Papa Juan Pablo II es un momento cumbre, pero no marca el principio ni el fin del florecimiento religioso que vive el pueblo cubano", señala Rivero, director de la agencia de prensa Cubapress (no reconocida por el régimen).

No obstante, la visita misma, así como el año de preparativos que la precedieron (el cual incluyó procesiones masivas y hasta la celebración de la Navidad, acontecimientos que la isla no había vivido en décadas), podrían ser interpretados como un punto de gi-

**El régimen de Castro es como la Real Academia: para cuando admite cambios, éstos ya se han dado en la realidad de hecho y tiempo atrás**

ro en la realidad cubana: después de ver al Papa y a Fidel juntos, los últimos temores que impedían a los isleños vivir públicamente su religiosidad, cualquiera sea la creencia que profesen, prácticamente se han borrado.

### TIPS CAPITALISTAS PARA SOSTENER EL SOCIALISMO

Ya desde inicios de los años 80, la economía cubana había empezado a sufrir un deterioro debido a los cambios económicos y políticos implantados en los países de Europa del Este.

En diciembre de 1989, Fidel Castro anunció a su pueblo que el país se enfrentaría a "un mar de capitalismo". La crisis era inevitable: con la caída del campo socialista, de un solo golpe, Cuba perdió el espacio donde se desarrollaba el 85 por ciento de su comercio exterior, se quedó sin el mercado que, tradicionalmente, había comprado sus productos a precios preferenciales y que, además, le había suministrado créditos por décadas.

El golpe de gracia fue la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en 1991. De acuerdo con Campa y Pérez, "Cuba exportaba a la URSS el 63% de su azúcar, el 73% de su níquel, el 95% de sus cítricos y el 100% de las piezas y componentes electrónicos, e importaba el 63% de los alimentos, el 86% de las materias primas, el 98% de los combustibles, el 80% de las maquinarias y equipo, y el 74% de las manufacturas".

Sin dinero y sin posibilidad de acceder a créditos, ante los ojos de un país sin mayores recursos energéticos quedó al descubierto la ineficiencia de gran parte de las empresas estatales, concebidas como un mecanismo para crear empleo, pero poco o nada rentables. "En cuatro años, la isla caribeña perdió el 80% de su capacidad de compra: de 8.139 millones de dólares pasó a 2.200 millones en 1992 y a 1.750 millones en 1993", señalan los autores de "Cuba: los años duros".

En julio de 1990 se inició el "período especial". No había petróleo para mantener en

funcionamiento las maquinarias industriales, para mover el transporte, para abastecer a las plantas de producción de energía eléctrica. En un país en el que el 57 por ciento de la tierra está dedicado al cultivo de caña de azúcar (principal producto de exportación), la producción interna de alimentos no abastecía la demanda local.

En medio de apagones de hasta 20 horas diarias, con el cierre de cientos de industrias y comercios (que dejó sin empleo a cientos de miles de obreros), los 11 millones de cubanos asumieron el reto de sobrevivir aunque en las tiendas estatales desaparecieron hasta los elementos de primera necesidad.

El período especial no solo implicó recortes. A toda costa, el Gobierno necesitaba proveerse de recursos que le permitieran dotar de combustible y otros insumos básicos a la industria, mantener viva la agricultura, ali-

mentar a un país en el que el 100% de la población económicamente activa trabajaba para el Estado y, por lo tanto, dependía de él.

El régimen cubano se encontró con que, para mantener a flote su sistema socialista, para no perder todos los logros en materia de educación, salud y seguridad social que se habían alcanzado en tres décadas, era indispensable echar mano de unos cuantos recursos del capitalismo.

"Cuba está dispuesta a hacer las concesiones que sean indispensables para adaptar su economía a la nueva realidad internacio-

nal, sin renunciar a los principios socialistas", afirmó Fidel en mayo de 1994. La premisa estaba clara años antes: partiendo de allí, la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP, el Congreso cubano) aprobó, en 1991, cambios constitucionales que abrieron a la inversión extranjera incluso aquellas áreas estratégicas de la economía.

Dejando de lado otros campos productivos, solo o en asociación con inversionistas extranjeros, el Gobierno cubano concentró sus esfuerzos en aquellas ramas económicas que le permitirían exportar y obtener divisas para cubrir las necesidades internas: azúcar, biotecnología, níquel (Cuba posee el 37 por

La crisis era inevitable: con la caída del campo socialista, de un solo golpe, Cuba perdió el espacio donde desarrollaba el 85% de su comercio exterior

ciento de las reservas mundiales de este mineral), tabaco y, por supuesto, turismo.

Cuatro años después, el régimen hablaba de éxito. A través de sociedades y organismos con menos personal y dotados de gran autonomía, el turismo, por ejemplo, pasó de atraer a 340 mil visitantes en 1990 a 750 mil en 1994, lo que representó para Cuba un ingreso de 850 millones de dólares en ese año.

La producción de azúcar, sin embargo, no corrió con igual suerte. Las siete a ocho millones de toneladas que la isla producía cada año, tradicionalmente, se redujeron a apenas cuatro toneladas en 1994. Aquel año, el azúcar dejó de ser la principal fuente de ingresos del país: su sitio lo ocupó el turismo.

De acuerdo con Campa y Pérez, "hasta fines de 1994 se habían formado 173 empresas mixtas o negocios conjuntos entre Cuba y el capital foráneo de 38 países, fundamentalmente de España, Canadá, Francia, México, Alemania e Italia. La inversión directa superó los 1.500 millones de dólares".

Para inicios de 1996, ya había 212 empresas con inversiones en Cuba. No obstante, los investigadores señalan que la inversión foránea no creció lo esperado, aportó apenas el 3% de los ingresos del país y ocupó solo al 5% de los trabajadores cubanos. Pese a los esfuerzos de apertura, la inyección de capitales no logró que se empleara más del 20% de la capacidad industrial de la isla.

Mientras emprendía audaces reformas en materia de comercio exterior e inversión extranjera, Fidel Castro se cuidaba de aplicar cambios y ajustes al interior de la economía cubana, empeñado en no generar entre los cubanos desigualdades que contradijeran el sistema socialista.

En la práctica, sin embargo, esas diferencias, aunque ocultas, ya existían. Como botones o "jineteros" (prostitución), los cubanos que se desenvolvían en el boyante mundo del turismo tenían acceso a dólares en un momento en el que la divisa llegó a cotizarse en 120 pesos (actualmente, un dólar equivale a 23 pesos). Oficialmente, a los isleños les estaba prohibido el manejo de dólares, pero,



Archivo Diario Hoy

mientras aquellos que vivían de un salario estatal promedio de 200 pesos no encontraban en las tiendas del Estado ni lo más indispensable, quienes manejaban dólares podían conseguir cualquier cosa en la "bolsa negra".

Presionado por la urgencia de captar las divisas que circulaban en el mercado negro, el Gobierno decidió, en julio de 1993, despenalizar la posesión de dólares. Rápidamente, en todo el país se abrieron nutridas tiendas en dólares para cubanos (hasta entonces, a este tipo de negocios solo accedían diplomáticos y turistas), en las cuales los isleños gastan no solo sus propinas, sino también las remesas que reciben de sus familiares en el extranjero y, principalmente, de Miami.

Según cálculos extraoficiales, a través de estos envíos ingresan a Cuba, anualmente, entre 500 y 1.000 millones de dólares.

Al encarecimiento de los productos de pri-



Archivo Diario Hoy

mera necesidad se sumó la elevación de las tarifas de los servicios públicos. Poco después, el Gobierno creaba un sistema de cooperativas agrícolas, abría mercados agropecuarios e industriales y permitía el trabajo por cuenta propia.

Los resultados fueron inmediatos. Las cooperativas empezaron a comercializar el excedente de su producción (por ley, deben cumplir con una cuota para el Estado); en los mercados se vende hoy de todo, con precios regidos por la oferta y la demanda; los que se quedaron sin empleo y también muchos trabajadores estatales ofrecen servicios como taxistas, plomeros, decoradores, y miles de familias han adaptado en sus casas pequeños restaurantes (los cubanos les llaman "paladares") con no más de tres mesas y 12 sillas, como lo fija la ley.

A finales de 1995, en la isla había 200 mil trabajadores por cuenta propia registrados. Quedan fuera de las estadísticas las decenas de miles de cubanos que trabajan ilegalmente, con el fin de evadir la dura carga impositiva que el Gobierno aplica a quienes laboran de forma independiente.

Las desigualdades que el régimen pretendía evitar han salido a flote y se han profun-

dizado con las reformas. Las autoridades lo reconocen, pero afirman que, de todas formas, estas diferencias "no podrán ser tan grandes como las que se ven en países capitalistas". Acto seguido, citan con "prudente optimismo" el 7,2% de crecimiento del producto interno bruto (PIB) que Cuba registró en 1996.

### SIN MAS REFORMAS A LA VISTA

El Gobierno cubano había calculado que, en 1997, su PIB crecería entre el 4 y 5 por ciento. Sin embargo, de acuerdo con cifras recogidas por Oscar Espinosa, ex funcionario del régimen que se desempeña actualmente como investigador y analista independiente, el crecimiento que el país registró el año pasado no supera el 2,5%.

Los observadores internacionales coinciden con Espinosa en que el proceso de reformas en la isla prácticamente se detuvo en 1996, y hay quienes afirman, incluso, que se ha iniciado un retroceso.

El ejemplo más citado es el de los trabajadores por cuenta propia "legales" que, de acuerdo con el periodista de oposición Raúl Rivero, podrían haberse reducido a cerca de

100 mil en este momento.

Asfixiados por la pesada carga de impuestos, muchos negocios han cerrado definitivamente o funcionan en la clandestinidad. El Gobierno los ha acusado de hacer una "competencia desleal" (en un paladar, un plato puede costar la tercera parte de lo que cobran los hoteles manejados por el Estado y sus socios extranjeros), y asegura que, a través de impuestos altos, intenta frenar un rápido enriquecimiento, que marcaría diferencias abismales entre los trabajadores por cuenta propia y el resto de cubanos.

Los sectores disidentes de la isla, no obstante, están convencidos de que, sin importarle las consecuencias económicas que esto pudiera traer, el Gobierno intenta reducir a su mínima expresión a un sector de la población que, precisamente por la independencia que ha ganado, puede resultar peligroso para la estabilidad del sistema.

Y no solo la oposición cubana piensa así. Homero Campa y Orlando Pérez citan al periodista Andrés Oppenheimer, quien, en un artículo publicado el 23 de septiembre de 1993, en el "Miami Herald", observó en el trabajo por cuenta propia un "efecto político contrario al régimen de Fidel".

Según Oppenheimer, este autoempleo "golpea al clientelismo político del Gobierno cubano, pues, al perder el Estado el monopolio del empleo -uno de los recursos para cohesionar y controlar a la población-, miles de ciudadanos, ahora independientes, no se verán comprometidos a guardar lealtad con un régimen del que no dependen ni laboral ni económicamente".

A pesar de las críticas de la oposición, el régimen insiste en que el país vive una "democracia socialista" desde que, en 1993, los cubanos pudieron elegir por primera vez, por voto directo y secreto, a sus representantes a la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP).

En aquellas elecciones, como en las que se celebraron en enero de este año, no hubo varios partidos ni algunos postulantes en contienda: con un solo candidato para cada cargo, resultaron electos aquellos que obtuvieron el 50% más uno del total de votos.

El Partido Comunista de Cuba (PCC) continuó siendo la única organización política reconocida, pues, según Fidel Castro, frente al acecho exterior, aceptar el pluripartidismo significa "fragmentar en mil pedazos una sociedad que solo puede resistir con el grado

de unión con que cuenta". Para el comandante, el principio democrático reside, entonces, en que "el partido no postule ni elija, sino que lo haga el pueblo".

Asambleas gremiales, de mujeres, de jóvenes, todas muy ligadas al partido, postularon a los candidatos. Los opositores jamás fueron incluidos en las listas.

Tanto en 1993 como este año, los comicios contaron con un nivel de asistencia superior al 95%. Los Comités de Defensa de la Revolución (CDRs, que están asignados a cada cuadra y recogen las preocupaciones de la comunidad, pero también cumplen labores de vigilancia) se encargaron de presionar a los vecinos para que voten, incluidos los enfermos.

En los dos procesos electorales, Fidel Castro fue electo diputado y, más tarde, por decisión de la ANPP, se le entregó el cargo de presidente del Consejo de Estado.

Pese a que la crisis y todos los cambios que ésta provocó han generado, sin duda, nuevas expectativas y actitudes entre los cubanos, el V Congreso del Partido Comunista de Cuba, que se celebró en octubre del año pasado, dejó en claro que no está entre los planes del Gobierno cambiar su discurso ni sus lineamientos políticos.

Poco después de la visita de Juan Pablo II a Cuba, interrogados sobre la posibilidad de que el Papa haya sembrado en la isla un "efecto Polonia" de caída del socialismo, analistas locales y extranjeros coincidían en su escepticismo, a pesar de que, a mediados de febrero, el Gobierno cubano liberó a cerca de 300 presos -políticos y comunes-, en respuesta a un pedido del pontífice.

No es solo que la religión católica haya sido más fuerte en Polonia de lo que es en Cuba. Puede que el sistema sea más "resistente" en la isla; después de todo, mientras el socialismo fue una de las consecuencias que la II Guerra Mundial impuso en aquel país europeo, en Cuba fue producto de una de las revoluciones que más apoyo popular han tenido en la historia de América Latina.

Con todo y crisis, en la Cuba de hoy no escasean los "revolucionarios" y "fidelistas" a muerte.

Además, no existe en la isla nada que se acerque al sindicato católico Solidaridad, que, en la Polonia de los años 80, aglutinó a las fuerzas de oposición en contra de un régimen al que, finalmente, derrumbó. En Cuba, alrededor de 130 organizaciones y partidos

disgregados, atomizados, se sitúan en la oposición. Ninguno pasa de los 50 miembros.

Sectores radicales del exilio sostienen que el bloqueo económico en contra de la isla es una de las medidas que se debe mantener para forzar cambios políticos. "Lo que sucede cuando el Gobierno cubano carece de medios para costear su monstruosa burocracia -además de constreñir su aparato represivo y reducir sus fuerzas armadas- es que se ve obligado a hacer reformas y a permitir el surgimiento de actividades no totalmente controladas por el Estado", afirma el escritor y periodista Carlos Alberto Montaner, que reside en España desde 1970 y preside la Unión Liberal Cubana.

En su artículo "Cuba: cómo contribuir a su democratización", publicado en la revista "Política exterior de Madrid" (junio de 1997), Montaner descarta la posibilidad de que la isla viva reformas políticas mientras Castro esté en el poder, y apunta a quienes vendrán después de él. "A esos dirigentes de cualquier categoría que sean, mientras se censura sin paliativos la dictadura, se les debe prometer la ayuda necesaria para enterrar pacífica y correctamente un período de la historia cubana que no debe seguir prolongándose", afirma.

se", afirma.

La disidencia interna, en cambio, muestra una posición más moderada.

El periodista Raúl Rivero, por ejemplo, sostiene que, ante la disgregación y debilidad de las agrupaciones opositoras, la Iglesia católica puede actuar como "punta de lanza" y movilizar a todos los sectores cubanos, de manera que el Gobierno, así como se vio obligado a ceder en materia de libertades religiosas y reformas económicas, tenga que abrir espacio a derechos civiles y políticos, como la libertad de expresión y asociación.

Sin embargo, Elizardo Sánchez, presidente de la Comisión Cubana de los Derechos Humanos y la Reconciliación Nacional (no reconocida por el régimen), no cree que una sociedad civil temerosa y atomizada como la cubana sea capaz de imponerle cambios al Gobierno.

Mientras en el mundo corre el rumor de que el seguro sucesor de Fidel será su hermano, Raúl Castro (62 años), Sánchez confía en que el mismo hombre que ha gobernado la isla durante casi 40 años sea quien "emprenda un proceso de transición hacia la democracia". "Nadie más tiene el liderazgo, ni ese poder que él ejerce sobre los cubanos", dice.

## UN BLOQUEO DE DOBLE FILO

A las dificultades que experimenta Cuba para ampliar rápidamente el volumen de inversión extranjera, se sumó, en marzo de 1996, la aprobación, en Estados Unidos, de la ley Helms-Burton, cuyo capítulo más controversial permite a los ciudadanos estadounidenses entablar juicios contra personas o empresas extranjeras que inviertan o negocien en Cuba, con propiedades que fueron suyas hasta antes de la revolución.

Opuesto a esta legislación de endurecimiento del bloqueo comercial a Cuba, el presidente de EEUU, Bill Clinton, frenaba desde 1995 la discusión de esta ley, que condiciona el restablecimiento de las relaciones Cuba-EEUU a un giro hacia la democracia en el sistema de gobierno de la isla.

Pero, el 24 de febrero de 1996, aviones

cubanos derribaron a dos avionetas de la fundación Hermanos al Rescate (de isleños exiliados en Miami): el Gobierno de Cuba argumentó que las aeronaves habían violado sus aguas territoriales; el radical exilio anticastrista asentado en Miami aseguró que, en el momento del incidente, las avionetas buscaban balseros en aguas internacionales.

El mandatario norteamericano, que ese año sometía su reelección al voto popular, decidió ceder a las presiones de los exiliados, aprobar la ley, y asegurarse así el voto de la Florida en las elecciones de noviembre. Sin embargo, guardó para sí la facultad de prorrogar por períodos de seis meses, cuantas veces sean necesarias, la aplicación del capítulo más irritante de la ley Helms-Burton. Hasta hoy, esa parte de la legislación no ha sido aplicada.

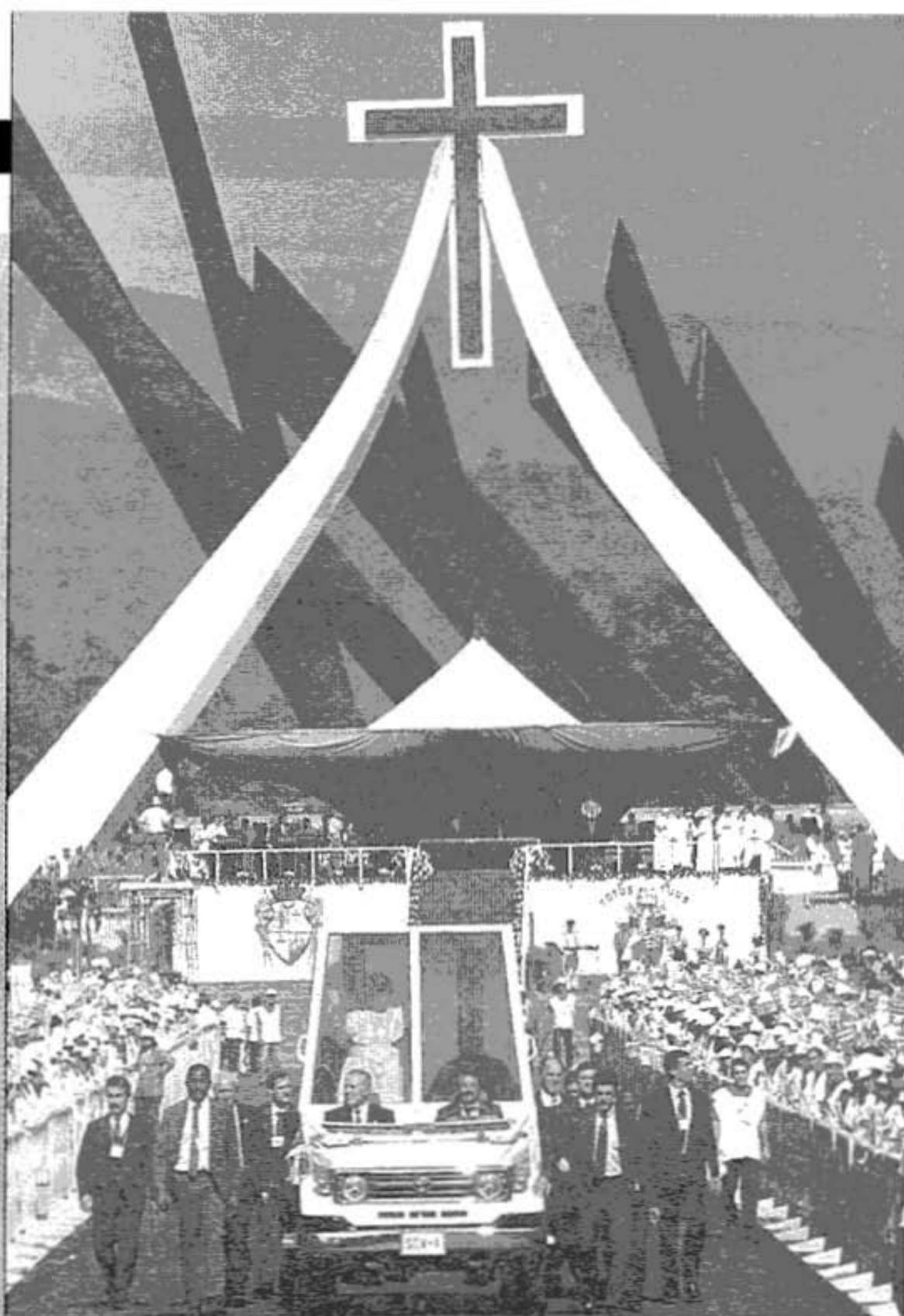
Clinton fue reelecto en 1996. Aunque su "ley extraterritorial" colocó a EEUU en conflicto con la comunidad internacional -y particularmente con la Unión Europea (UE), que planteó una demanda contra ese país ante la Organización Mundial del Comercio (OMC)-, el presidente estadounidense negoció con los líderes europeos y, ahora, también la UE condiciona la firma de un acuerdo de cooperación económica con Cuba al registro de "progresos" en materia de derechos humanos y libertades públicas.

El Gobierno cubano, en cambio, asegura que la nueva ley golpeó, aunque no demasiado. "La ley fastidia bastante, pero no lo suficiente como para desestimular nuestro desarrollo", dijo entonces Carlos Lage, vicepresidente del Consejo de Ministros e impulsor del proceso de reformas económicas aplicado en la isla.

Para los analistas, Fidel ha sabido asimilar el golpe y, además, se ha valido de él para resucitar sentimientos nacionalistas y antimperialistas en su pueblo. Es que la ley Helms-Burton reabrió la herida del bloqueo comercial que EEUU mantiene contra Cuba desde abril de 1961 (cuando el país se declaró socialista), una medida que el Papa condenó durante su estancia en la isla.

Mientras la oposición interna y algunos sectores moderados del exilio en EEUU sostienen que tal bloqueo no es más que el mejor pretexto que se le podía dar a Fidel Castro para justificar la ineficiencia de su sistema económico, el régimen cubano asegura que, solo hasta 1994, la medida había representado para su país la pérdida de 40.000 millones de dólares.

La cifra contempla el impedimento de comerciar con EEUU (que había sido siempre el mercado cercano y "natural" de la isla), los altos costos que Cuba ha debido pagar por adquirir y transportar productos conseguidos en lejanos mercados, y los contratos de comercio o inversión



Archivo Diario Hoy

que el país nunca pudo cerrar, por presión de EEUU sobre sus socios extranjeros.

La Helms-Burton, en todo caso, aún no ha pasado de provocar incidentes menores entre EEUU y unas cuantas empresas que mantienen negocios con Cuba. "Si bien tiene un efecto intimidatorio sobre nuevos inversionistas y encarece el comercio internacional y los créditos financieros hacia Cuba, no ha provocado la fuga de inversionistas establecidos en la isla", subrayan los periodistas Homero Campa y Orlando Pérez.

Según dicen, después de aprobada la nueva ley, 42 nuevas empresas extranjeras invirtieron en la isla en 1996. Además, la ley no logró frenar -al menos inmediatamente- la recuperación económica de Cuba, que ese año registró un crecimiento del 7,2% en su producto interno bruto (PIB).